DESCRIPCIÓN DEL IMPERIO DE MARRUECOS, por Carlos Batier y NOTICIAS DE LA CIUDAD DE TETUÁN, por Francisco Pacheco

Trabajos realizados en 1797, a solicitud del consejero real don Francisco de Zamora*

Por
RAFAELA CASTRILLO MÁRQUEZ

La recogida de datos sobre las diferentes comarcas españolas en una variada gama de aspectos y circunstancias, fue práctica bastante habitual en el siglo XVIII. En ocasiones, su intencionalidad era simplemente de carácter censal o fiscal pero no faltaron tampoco motivaciones más altruistas, de signo cultural (1). Este último espíritu parece ser el que alentó a Francisco de Zamora a enviar sus *interrogatorios* o cuestionarios a las autoridades locales de diversas provincias, con el fin de recabar información fidedigna que le ayudara a realizar su ambicioso propósito de «formar la historia y descripción de los pueblos de España», si bien dado el carácter del personaje que algunos retratan como siniestro, y la índole misma de las misiones

---

*Parte de este artículo fue presentada como comunicación al VII Coloquio Hispano-Tunecino celebrado en Túnez en febrero de 1989.

(1) En los años 1712 a 1717 se realizó la confección del vecindario llamado «de Campoflorido». En 1768 y 1769, el primer censo de dimensión nacional por iniciativa del conde de Aranda, al que seguirían luego, en 1787, el «Censo de Floridablanca» y ya en las postrimerías de la centuria, en 1797, el «Censo de Godoy». *Vid* Jordi Nadal, *La población española (siglos XVI a XX),* Barcelona, 1984, pp. 87 y s.; Pedro Romero de Solís, *La población española en los siglos XVIII y XIX,* Madrid, 1973, pp. 135 y 158; las «Advertencias» del *Censo de la población de España del año 1797 executado de Orden del Rey en el de 1801,* Madrid, 1901.

que desempeñó, próximas a la labor policíaca, no ha faltado quien dude de la pureza de sus intenciones (2).

Tales *interrogatorios* eran unas listas de preguntas, en número variable según sus diferentes destinos, pero en las que siempre y de forma puntual se solicitaba información pormenorizada acerca de las ciudades, pueblos y aldeas incluidos en la demarcación correspondiente, la historia de los mismos desde su fundación, las características geográficas de cada uno, sus recursos naturales, los edificios notables que contuvieran, el número de vecinos, parroquias, monasterios u hospitales que en ellos hubiera y otras cuestiones de diversa índole, noticias todas de imprescindible conocimiento para realizar de forma exhaustiva y válida la magna empresa proyectada (3). Y lo verdaderamente sorprendente es el elevado número de contestaciones que recibió, explicable tal vez porque hubieran mediado ciertas presiones coactivas o quizá simplemente por el deseo de complacer a tan influyente personaje.

Bien es cierto que, en ocasiones, la información contenida en estas respuestas no hacía sino completar el conocimiento directo que Francisco de Zamora poseía ya de esos mismos lugares, adquirido a través de sus continuos desplazamientos por la geografía española (4). Viajero incansable y curioso observador de nuevos horizontes, su inquietud le había llevado a recorrer gran parte del territorio español y muchas de sus vivencias y observaciones personales han quedado plasmadas en *diarios* de viaje que guarda la Biblioteca del Palacio Real de Madrid. Y también en ella se encuentra el manuscrito del que el propio Francisco de Zamora tituló su *diario africano,* inédito hasta ahora, donde recoge las impresiones de la visita que realizó a la plaza de Ceuta en mayo de 1797. En él me ocupo actualmente y espero publicarlo en breve. Estas páginas son, en cierto modo, un anticipo del mismo, ya que los documentos que incluyo al final de este trabajo guardan estrecha relación con dicho «diario africano» y figuran encuadernados en el mismo volumen.

Si la actividad viajera de Francisco de Zamora estuvo motivada por simples razo-

---

(2) FRANCISCO DE ZAMORA PEINADO, nació el 25 de julio de 1757 en Villanueva de la Jara (actual provincia de Cuenca), de familia hidalga. En 1785 aparece residiendo en Barcelona donde actúa como *Alcalde del crimen,* cargo que dejaría luego por el mucho más importante de *Oidor de la Audiencia* de aquella ciudad. Su carrera ascendente le lleva a trasladarse a Madrid en 1791 para ejercer como *Fiscal de la Sala de Corte,* y el 6 de septiembre de 1795 es designado, por Real Decreto, miembro del Consejo de Castilla, concretamente *Ministro Supernumerario del Consejo Real.* Pero cuatro años después, en 1799, cayó en desgracia y fue desposeído de aquella dignidad a la vez que se le obligaba a confinarse en el castillo de Pamplona. Desde ese momento y hasta su muerte, ocurrida en 1812 en el mismo pueblo de la Jara que le vio nacer, la amargura y el dolor presidieron su vida.
La leyenda negra tejida en torno a este personaje se debe en buena parte a los juicios adversos emitidos por Miguel de los Santos Oliver y Ferrán Soldevila, quienes le presentan como una especie de comisario político y confidente de Floridablanca y de Godoy. Parecida semejanza había hecho de él Gomez de Arteche, varios años antes, cuando al mencionar las cartas que dirigió a Godoy en 1795, denomina a Zamora «*alcalde de casa y corte, especie de comisario regio, a la manera de los de la Convención, que con el carácter* de auditor general acompañaba al ejército de Navarra». *Cf.* el prólogo de Ramón Boixareu a su edición del *Diario de los viajes hechos en Cataluña,* de Francisco de Zamora (Barcelona, 1973) y las referencias que cita; y José Gómez de Arteche, *Nieblas de la historia patria,* Madrid, 1876, t. I, p. 126.

(3) Los *interrogatorios* dirigidos a Cataluña contienen 146, 181 ó 183 preguntas; el enviado a Málaga en 1791 y 1792, 17 preguntas; y el dirigido a Granada, 51. Otro destinado a recabar noticias sobre los Consulados incluía sólo 14 preguntas. *Cf.* Biblioteca del Palacio Real de Madrid, mss. núms. 1.685, 2.435 y 2.509.

(4) LUIS POWER, del que hablaremos más adelante, escribe en una de las cartas que dirige a Zamora: «... Vm. a quien se le puede dar el nombre de viagero *residenciario* y no viagero en posta como lo han sido los mas hasta ahora; pues su plan de viaje puede, sin lisonja, servir de pauta a los mismos Cooks y Bougainvilles». *Vid.* Biblioteca del Palacio Real de Madrid, ms. 882, f. 78.

nes de tipo personal —inquietud de espíritu, curiosidad, afán de adquirir conocimientos— o si obedeció a razones de Estado, con matizaciones de tipo político e incluso policíaco, es cuestión debatida pero no aclarada suficientemente (5). Pero lo que sí consta con certeza es que desempeñó misiones oficiales de carácter informativo y reservado, en determinadas situaciones de peligro.

Una de tales misiones fue la que motivó su viaje a Ceuta. Había visitado ya Málaga y Estepona cuando alertado por las inquietantes noticias que le había hecho llegar el marqués de Roben, comandante general del Campo de Gibraltar, acerca de una inusitada concentración de tropas inglesas en la Peña del mismo nombre con intención, según los rumores, de atacar Ceuta, decide embarcar en Algeciras y dirigirse con toda urgencia a aquella plaza que presentaba, además, problemas de gobierno y descontento en la población. Era el 20 de mayo de 1797 y en su *diario* quedan anotados con minuciosa precisión los incidentes del paso del Estrecho y sus impresiones personales «al atrabesar esta union de los dos mares por medio de los enemigos y a la vista de la famosa Peña de Gibraltar y de la escuadra que la defiende». Llegado a Ceuta, se entrevista con las autoridades locales y también con el Superior de los Trinitarios y con el Guardián Mayor de los Franciscanos Descalzos, a quienes formula una serie de preguntas, entre ellas, si guardaban en sus respectivos archivos documentos referentes a Ceuta o al Imperio de Marruecos.

El interés de Francisco de Zamora por Marruecos nada tenía de extraño, dada la realidad del momento en ese año 1797, con la amenaza de las fuerzas británicas concentradas en Gibraltar. Su deseo de conocer la situación de Marruecos con vistas a prevenir la posible actitud de este país ante un eventual ataque inglés, era totalmente lógico. Y, por otra parte, el hecho de que acudiera en demanda de información a los Trinitarios y a los Franciscanos, con estrechos vínculos en Marruecos, nada tenía tampoco de sorprendente ni siquiera de novedoso. Otros políticos anteriores, como Grimaldi y Floridablanca, habían utilizado en el pasado esas mismas fuentes con análoga pretensión (6). Sin embargo, las respuestas de los Superiores de ambas órdenes religiosas referentes a la carencia de documentación de interés en sus archivos, obligó a Zamora a recurrir a otras personas, conocedoras del territorio marroquí. En su diario anota dos nombres y sus circunstancias: «Carlos Batier, natural de Barcelona. Ha estado en Marruecos 6 años y 8 meses en tiempo del emperador Sidi

---

(5) Boixareu apunta una explicación ecléctica afirmando que los viajes de Zamora, en la etapa inicial de su estancia en Barcelona, fueron el resultado de una preocupación personal para ampliar sus conocimientos sobre la realidad del país y que precisamente la experiencia y preparación así adquiridas le capacitaron para llevar a cabo luego, en momentos difíciles, otras misiones delicadas y confidenciales. *Cf.* Francisco de Zamora, *Diario de los viajes hechos en Cataluña...*, a cura de Ramón Boixareu. Barcelona, 1973, p. 13.

(6) Los gobiernos del marqués de Grimaldi y del conde de Floridablanca habían procurado la amistad del Marruecos musulmán, intercambiando embajadas con esta finalidad que acabaron en acuerdos de paz más o menos duradera. En el transfondo de tan deseada amistad latían intereses políticos y otros de carácter económico. El conocimiento de la situación marroquí era, pues, esencial para aquellos rectores de la política española y en un primer momento recabaron de los Franciscanos esa información hasta que, a partir de 1767, se establecieron en varias ciudades marroquíes, consulados y viceconsulados españoles que fueron otras tantas fuentes de información para el conocimiento de aquel país. De esta manera —escribe Ramón Lourido— el gobierno de Carlos III estuvo siempre al corriente de cuanto ocurría en el vecino país, desde las disensiones entre los miembros de la familia real y la vida privada y oficial del palacio, hasta el número y situación de sus ejércitos, la economía y riquezas naturales o sus relaciones con otros estados. Todo ello a través de una serie de noticias transmitidas con extraordinaria rapidez. *Cf.* Ramón Lourido Díaz, *Marruecos en la segunda mitad del siglo XVIII*, Madrid, 1978, pp. 41 y s.

Mojamet Abdalá»; y «Francisco Pacheco, que es comandante de la caballería e intérprete con los moros. Estubo de consul en Tanger y sabe mucho de los moros» (7).

A ellos acude, pues, Francisco de Zamora juzgándoles personas idóneas para facilitarle la información que precisa sobre el reino de Marruecos. Y deja el encargo a Luis Power, «un capitan de artilleros, mozo despejado», con quien había simpatizado durante su estancia en Ceuta, de remitirle personalmente los trabajos que aquéllos le entregasen. Según se desprende de la correspondencia de Power con Zamora, debió mediar un *interrogatorio* previo que ni Batier ni Pacheco tuvieron mucho en cuenta al elaborar sus respectivos trabajos (8). En esa misma correspondencia se menciona a un tercer individuo apellidado Requena y a quien Power califica de «extravagante», que sería el encargado de redactar la parte relativa a Orán pero que, según parece, no cumplió su compromiso (9). Así pues, la *Descripción del Imperio de Marruecos* hecha por Carlos Batier y la de *la ciudad de Tetuán* debida a Francisco Pacheco fueron, al parecer, las únicas noticias que obtuvo Francisco de Zamora sobre Marruecos como resultado de su viaje a Ceuta. Desconocemos el juicio que ambos trabajos pudieron merecerle, pero sí tenemos constancia de las duras críticas que Luis Power dirigió a la obra de Batier, en carta a su protector Zamora, aludiendo de paso a su tardanza en escribirla y a la falta de ajuste con el interrogatorio que se le entregó (10).

Desde luego, la descripción que Batier hace del Imperio de Marruecos no es brillante. Pero es que en realidad no podía serlo. Aunque conociera aquel país por sus años de residencia en el mismo, hay que tener en cuenta que se trataba de un antiguo «maestro reloxero» del monarca Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh, es decir, un artesano, no un individuo con formación intelectual suficiente, y la visión de las cosas, prescindiendo ya de la forma de expresarla, es distinta en uno y otro caso. Para la redacción del trabajo debió contar Batier con la ayuda de un amanuense a quien iría dictando sus recuerdos. Y no tuvo suerte con la persona elegida pues, de haber sido hombre diestro en su oficio, el fruto del trabajo, su apariencia externa

---

(7) CARLOS BATIER había sido relojero al servicio de Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh. Conrotte señala que este *monarca «llevó a sus palacios obreros españoles, a los cuales trató considerablemente y retribuyó con largueza»* pues, en general, mantuvo una política de acercamiento a España.
FRANCISCO PACHECO figuró como intérprete en la misión diplomática del franciscano fray Bartolomé Girón de la Concepción y en la embajada de Jorge Juan, acompañando asimismo al enviado marroquí Sīdī Muḥammad b. ʿUṯmān en sus desplazamientos por España. A instancias de Jorge Juan fue designado Pacheco cónsul español en Tánger. *Cf.* Manuel Conrotte, *España y los países musulmanes durante el ministerio de Floridablanca,* Madrid, 1909, p. 262; Vicente Rodríguez Casado, *Política marroquí de Carlos III,* Madrid, 1946, pp. 56, 105, 121 y 141. *Vid.* además, Biblioteca del Palacio Real de Madrid, ms. 882, ff. 215 y 218.

(8) Tres son las cartas que figuran en el ms. 882 antes citado. Sólo una de ellas va fechada: Ceuta, 17 de junio de 1797. Desconocemos el *interrogatorio* al que tuvieran que atenerse Batier y Pacheco, pero su existencia queda reflejada en las palabras de Power: «Incluio tambien como vd. me manda, su despreciado Interrogatorio, digno por cierto de mejor suerte»; y en otros lugares de la misma carta se lee: «[Pacheco] me favoreció con enseñarme la muestra de sus faenas y asi confronta con el interrogatorio como ahora llueven pepinos»; y «El mal parto de Don Carlos... esta mui distante del Interrogatorio de modo tal que su obra se parece a un vallado de piedras sueltas, muevase una, allá van todas por los suelos...». *Cf.* ff. 78, 79, 156 y 239-241.

(9) La plaza de Orán había sido cedida por Floridablanca al dey de Argel en 1791. *Vid.* Jerónimo Becker, *Historia de Marruecos,* Madrid, 1915, p. 181.

(10) «Parió por fin Don Carlos el Reloxero. ¿Pero que ha parido? Un embrion flaco, cacochimio y manco. ¡Y lo que ha costado partearle esa miajita tan descarnada y tan sin colorido!... no ha parido arreglado al interrogatorio, sino que ha reventado como una mina por todos lados, rompiendo la trabazon y conexion de las materias». *Cf.* Biblioteca del Palacio Real de Madrid, ms. 882, f. 78.

al menos, hubiera sido diferente. Pero el citado amanuense no debía tener grandes dotes y la ayuda que prestó a Batier fue, por tanto, escasa (11).

Batier en su *Descripción del Imperio de Marruecos* sigue el itinerario de un viaje que iniciara en el Peñón de Veléz de la Gomera y en cuyo recorrido va haciendo el diseño de las ciudades de Tarambets (Kasbah Talembadis), Alcaladilla (¿Alcazarseguer?), Fez el Chico, Fez, Miquenes (Mequínez), Muleiadris, Rebat Zale (Rabat-Salé), Zafir (Safī), Tuguela (¿Dukkāla?), Zamor (Azimmūr), Dardarbaida (Dār al-Bayḍā'), Casablanca), Suera (Mogador), Mogodor (evidente confusión con Mazagán, actual al-Ŷadīda) y Marruecos (Marrākuš, Marraquech), e incluso hace una breve referencia a Guinea (12). En total, son catorce las *jornadas* que enumera. Al final indica los días necesarios para cada desplazamiento y cita entonces las ciudades de Santa Cruz de Berbería (actual Agadir), Tafilet, Tetuán y Tánger, que no incluye en la parte descriptiva; y una más, Alcázar, cuya posible identificación con Alcázarquivir parece dudosa en base a los 29 días que dice son precisos para llegar desde ella a Mequínez, tiempo evidentemente desproporcionado para recorrer los 130 kilómetros que separan estas localidades. En cuanto a Muleiadris, se trata de la ciudad santa situada en la comarca de Zarhūn y muy próxima a la antigua Volubilis, donde se halla el mausoleo de Idrīs I, lugar de gran veneración para los musulmanes. Craso error es el que comete Batier al confundir Mogador con Mazagán. Después de mencionar la ciudad de Suera (Ṣawīra), que es precisamente Mogador, pasa a detallar la que llama Mogodor, atribuyéndole un origen portugués y describiendo con minuciosidad la retirada de sus antiguos dueños, circunstancias todas que corresponden en realidad a Mazagán, la actual al-Ŷadīda, plaza fundada por los portugueses en 1506 con el nombre de Castello Reale y en cuyo poder estuvo —salvo un corto dominio español— hasta que fue conquistada en 1769 por Sīdī Muḥammad b. ʿAbd Allāh. También se equivoca al atribuir a Fez un origen portugués. Por lo que respecta a la identificación de Fez el Chico, parece referirse a una de las dos partes en que se dividía esta ciudad.

Como contrapunto de tales defectos, la descripción de la ciudad de Marruecos (Marrākuš) es la parte más lograda del trabajo de Batier. Incluye además una semblanza del emperador donde el antiguo servidor real muestra un buen conocimiento de la vida de palacio y del carácter del monarca. Que Sīdī Muḥammad acostumbraba a residir alternativamente en la capital y en Mequínez, en los escasos momentos en que no se hallaba ocupado en sofocar la rebeldía de sus súbditos, motivada muchas veces por una excesiva presión fiscal, es cosa probada (13). Y que gobernó con feroz despotismo, sin hacer dejación de poder en ningún momento, llegando incluso a repartir justicia por su propia mano y hasta a distribuir personalmente la

(11) En su carta dirigida a Zamora el 17 de junio de 1797 escribe Power: «... y el señor secretario que ha asistido al clandestino alumbramiento no es el que ha inventado tanpoco ni la ortografía ni la fraseología».

(12) Los núcleos de población importante en el Marruecos del siglo XVIII no eran muchos más. Rodríguez Casado señala que «apenas se hallaban en los tres reinos de Fez, Marruecos y Sūs veinticuatro ciudades, incluyendo las que en España no merecerían tal denominación. Las ciudades principales se componían de ruinas y las casas eran de la fábrica más rudimentaria». *Cf. Política marroquí de Carlos III,* Madrid, 1946, p. 7.

(13) SĪDĪ MUḤAMMAD B. ʿABD ALLĀH pasó gran parte de su reinado ocupado en castigar las sublevaciones que cundían por todo el país. El pago de los *magārim* («garramas») o impuestos extracoránicos, fue la causa de muchos de estos disturbios. *Cf.* Ramón Lourido Díaz, *Marruecos en la segunda mitad del siglo XVIII,* Madrid, 1978, pp. 132-133 y 230-257.

comida a los miembros de su familia y gentes del palacio, está atestiguado igualmente (14). Animan esta parte, además, unos cuantos detalles de graciosa ingenuidad, como el uso de términos cristianos —iglesia, misa, cuaresma, indulgencias—, transpuestos literalmente a la religión islámica; y una serie de curiosas anécdotas referidas al emperador, como la indicación de su preferencia gastronómica por la carne encebollada o su costumbre de lamerse los dedos después de las comidas. Pero a veces, junto a datos correctos figuran otros de evidente inexactitud como en el caso de la muralla de Marrākuš cuya longitud fija acertadamente en tres leguas (15) para afirmar luego que esta capital contaba con 366 puertas, cifra exagerada aún incluyendo en ella no sólo las puertas de la muralla sino las interiores de la ciudad (16).

Rasgo a destacar es la diferente extensión que dedica a cada una de las ciudades. Bien es cierto que no todas tenían la misma importancia. Pero aún así, sorprende la parquedad de datos que aporta sobre Darbaida (Casablanca) o Zamor (Azimmūr), por ejemplo. Y, en bastantes casos, la información es de índole tan general y poco relevante que, en realidad, pudiera convenir a varias poblaciones.

Sin embargo, a través de esos datos puede deducirse el tipo de preguntas que contendría el *interrogatorio* entregado por Zamora a Batier y a Pacheco, aunque no se atuvieran demasiado al mismo, como pretende Luis Power. El interrogatorio no ha llegado a nosotros, ya lo hemos dicho, pero su contenido no debió ser muy diferente de los que remitió a las ciudades españolas. Su extensión quizá sí fuera más reducida. Pero en todo caso, las descripciones de Batier dejan traslucir los puntos claves que deseaba conocer Francisco de Zamora del Imperio de Marruecos y que serían, a grandes rasgos: sus principales núcleos de población, situación geográfica de los mismos, su importancia estratégica con indicación de las fortificaciones y defensas de cada uno, producción y recursos naturales, así como las costumbres del emperador y su pueblo. Lo que queda por saber es si el trabajo de Batier y las noticias que proporcionaba satisfarían la curiosidad y el interés del Consejero Real.

El estilo en que está redactado el trabajo es un estilo cortado, de frases breves y concisas, que revela su carácter de respuesta a unas cuestiones puntuales previamente formuladas. Los apuros que debió pasar el antiguo relojero para cumplimentar el encargo recibido son fáciles de imaginar. A su escasa preparación intelectual se uniría, probablemente, cierto deterioro en los recuerdos de Marruecos por el tiempo transcurrido desde que lo abandonara. Téngase presente que en 1797 hacía ya siete años que Sīdī Muḥammad había muerto, y aún suponiendo que Batier hubiera permanecido a su servicio hasta el último momento —cosa no confirmada—, los recuerdos habrían sufrido la natural erosión de, al menos, esos siete años transcurridos. Dadas las circunstancias era pues bastante difícil salir airoso del compromiso, pero no tenía otro camino. Su propio orgullo estaba además en juego ya que cabe pensar que, una vez instalado en Ceuta, se vanagloriaría entre amigos y convecinos

---

(14) *Loc. cit.*, p. 130.

(15) DOMINGO BADÍA señala la misma longitud. *Vid.* Ali Bey, *Viajes por Marruecos*, ed. S. Barberá, Madrid, 1985, p. 304.

(16) BADÍA habla de nueve puertas para la muralla, cuyos nombres menciona. Castellanos, por su parte, indica que las murallas de Marrākuš tienen 12 kms. de circunferencia y siete puertas. *Cf.* Ali Bey, *loc. cit.*, pp. 311 y s.; Manuel P. Castellanos, *Historia de Marruecos*, 4.ª ed., Madrid, 1946, t. I, p. 61.

de su etapa marroquí y de «su mucho conocimiento de aquel imperio», como queda reflejado en el epígrafe de su trabajo. Y llegado el momento de demostrarlo, es claro que no podía fallar aunque ello le supusiese el esfuerzo que se adivina tras la tardanza en entregar el trabajo.

Pese a las inexactitudes y carencias que encierra, la *Descripción del Imperio de Marruecos* escrita por Carlos Batier posee el interés de ser la obra de un hombre sencillo, no de un intelectual, un hombre del pueblo llano, que llegó un día a un extraño país donde permanecería varios años al servicio del emperador como relojero, y en el transcurso de los cuales visitó lugares y presenció escenas que trata de reflejar con su mentalidad natural y simple. Son, sin más, las vivencias y recuerdos de un artesano. Y, en definitiva, una historia de Marruecos, *diferente*.

La *Descripción de la ciudad de Tetuán* que realizó el entonces comandante de caballería Francisco Pacheco obedecía también a la misma finalidad informativa y completaba, sin proponérselo, las noticias de Batier puesto que éste no incluía en su trabajo referencia a dicha localidad. Pacheco, sin embargo, no pretendía limitar su atención a la ciudad de Tetuán. Su propósito era mucho más amplio y queda patente en el título que encabeza los folios: la *Descripción del Imperio de Marruecos.* Tal debía ser, por otra parte, el encargo recibido de Francisco de Zamora que él se proponía cumplimentar en sucesivas entregas, a medida que fuera acabando de redactar cada parte. La *Descripción de Tetuán* era pues sólo el comienzo de una información más completa sobre el territorio marroquí. Y en esta línea, las ciudades de Tánger y de Fez serían sus próximos objetivos (17). Sin embargo, de tan ambicioso plan conocemos únicamente el fragmento relativo a Tetuán ignorando, en consecuencia, si llegó a ocuparse de otras ciudades o si, por el contrario, nunca cristalizó en realidad su primitivo proyecto.

El nombre de Francisco Pacheco no figura en los folios conservados, pero su autoría está fuera de duda por haber llegado hasta nosotros la carta que dirigió a Zamora notificándole la entrega del trabajo al intermediario Luis Power, al tiempo que aprovecha para alardear de su profundo conocimiento de Marruecos, donde estuvo cautivo quince años y ocupó luego el Consulado de Tánger durante otros ocho, por no hablar de las embajadas y misiones de las que formó parte (18).

Aunque Zamora anotó en su *diario africano* los nombres de Carlos Batier y de Francisco Pacheco como expertos conocedores del imperio marroquí, puede ser que se dirigiera primeramente a Batier en busca de información y luego lo hiciera a Pacheco. Así parece deducirse de la ya citada carta de Pacheco en la que éste se lamenta, a 10 de octubre, de que «no me aiga Vs. escrito con más anticipacion para que hubiera mucho adelantado», justificando así su retraso en la entrega del trabajo, que se limitaba por otra parte, a la ciudad de Tetuán. En cualquier caso, lo cierto

---

(17) En carta que dirige a Francisco de Zamora —fechada en Ceuta, el 10 de octubre de 1797— le notifica haber entregado su trabajo sobre Tetuán a Luis Power al tiempo que promete ocuparse sin demora de Tánger y Fez. *Vid.* Biblioteca del Palacio Real de Madrid, ms. 882, f. 242.

(18) «... pues estube quince años cautibo, vi y corri mucho el pais, esperimente y obserbe mucho y asi me ce ofrece mucho que decir, y despues ocho años de Consul en Tanger, sin los viajes que me ce ofrecieron antecedentemente». *Loc. cit.* Además, *vid. supra*, nota 7.

es que Batier, bien o mal y pese a su tardanza, fue quien primero cumplimentó la demanda de Zamora de forma completa.

La descripción que Francisco Pacheco hace de Tetuán es extensa y minuciosa. Después de señalar su emplazamiento en una colina, a siete leguas al SO. de Ceuta, indica que consta de tres barrios «de mayor magnitud», sin contar la judería que era bastante grande (19). Destaca la blancura de las casas y su carencia de ventanas, particularidad que Domingo Badía resalta también en las de Tánger y otros viajeros refieren de distintas ciudades marroquíes. La angostura de sus calles queda asimismo de manifiesto (20). Constata Pacheco la «infinidad de mezquitas» existentes en Tetuán, que unidas a las numerosas *qubbas* o capillas de santones que también posee, le han valido su denominación de *ciudad santa* (21). Y a continuación describe con minucioso cuidado el ritual de la oración.

La economía de la ciudad, administración de justicia y régimen fiscal, son otras tantas cuestiones a las que pasa revista seguidamente, así como las competencias del funcionario real encargado de la vigilancia del mercado, análogas a las del «señor del zoco» andalusí. Critica la corrupción de las autoridades judiciales que, al no disponer de sueldo fijo, se dedican a «robar a lo divino cuanto pueden, tiránicamente». Y pone de relieve asimismo la penosa situación que sufre la población judía, sometida a humillantes vejaciones (22). El movimiento portuario de Martil y el funcionamiento de su aduana ocupan la parte final del trabajo, cuyo remate lo constituye una breve alusión —un tanto fuera de lugar aquí— a las multitudes que invaden la ciudad los días de zoco o feria. La animación de Tetuán en tales días y el espectáculo de las masas humanas deambulando por sus calles, debieron causar a Pacheco un fuerte impacto que perduró en su recuerdo. Y no renuncia a consignarlo como broche final de sus noticias.

El estilo que utiliza Pacheco es simplemente narrativo, sin pretensiones de tipo intelectual. De ahí que excluya mencionar el dato concreto de los nombres de los barrios y las puertas de la ciudad, o el de aquella calle que destaca entre las demás por su mayor anchura. La intención del autor era sólo la de informar de modo general sobre determinados aspectos de la vida de la ciudad, sin descender a detalles precisos que o no conocía o no le pareció oportuno consignar. El resultado, su trabajo, cumple esa finalidad y puede calificarse, cuanto menos, de interesante.

La descripción de Tetuán realizada por Francisco Pacheco ocupa los folios 243 a 245 del ms. 882 de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, y la del Imperio de Marruecos hecha por Carlos Batier, los folios 246 a 254 del mismo volumen, que

(19) El barrio más antiguo de Tetuán era la *ḥawmat al-balad,* que comprendía la primitiva ciudad reconstruida por Sīdī al-Mandri y un grupo de exiliados granadinos. La judería o *mallāḥ* fue saqueada y destruída en tiempos de Mawlāy al-Yazīd b. Muḥammad b. ʿAbd Allāh. *Cf.* Teodoro Ruiz de Cuevas, *Apuntes para la historia de Tetuán,* (Tetuán, 1951), pp. 17, 29 y 42. *Vid. además,* Sidi Ahmad R'Honi, *Historia de Tetuán,* tr. Mohammed ibn Azzuz (Tetuán, 1953), pp. 53 y s.

(20) *Vid.* Ali Bey, *Viajes por Marruecos,* ed. S. Barberá, pp. 118-119 y nota 6; Manuel P. Castellanos, *Historia de Marruecos,* 4.ª ed. (Madrid, 1946), t. I, pp. 73 y s.

(21) *Cf.* Manuel P. Castellanos, *loc. cit.,* t. I, p. 74.

(22) La situación de los judíos era parecida en todo el territorio de Marruecos. De ello da testimonio Badía al describir las juderías de Tánger y Marrākuš, lo cual no impidió que en determinadas épocas obtuvieran en arriendo el control de las aduanas. *Vid.* Ali Bey, *Viajes por Marruecos,* ed. S. Barberá, pp. 157-159 y 313-314.

incluye además el *diario africano* de Francisco Zamora, como queda dicho. Al publicar ambos documentos —con la debida autorización de la Biblioteca—, después de alguna vacilación, me decido por actualizar su ortografía y puntuación con el fin de facilitar la lectura, sacrificando el rigor paleográfico en aras de una mejor inteligencia del contenido. Sólo los topónimos y aquellas palabras y expresiones que son transcripción de términos árabes, han sido conservados en su forma original.

Documento núm. 1

(f. 246 r) *Noticia individual que da Don Carlos Batier, natural de Barcelona, maestro relojero que ha sido del Emperador de Marruecos llamado Sidi Muḥammad b. ʿAbd Allāh, al señor Don Francisco de Zamora, del Consejo de S.M., la cual ceñido al mucho conocimiento que tiene en todo el estado del Imperio de Marruecos, hace una pintura de todo él con todas las circunstancias que se requieren para una verdadera instrucción, dividiendo por pueblos y jornadas como abajo siguen:*

1.ª Jornada. Saliendo de España por el Peñón de Vélez de la Gomera a Tarambets. La alcazaba de Tarambets se compone de un serrallo, en el que subsiste mucho judío. Se halla situado en alto. Cogen alguna hortaliza.

2.ª Jornada. Es el pueblo de Alcaladilla. En éste sus naturales gozan de mucha robustez. Es muy abundante de aguas. Su mayor cosecha es la del maíz. Su situación, entre montes. Su clima, bueno. Abunda mucho de hortaliza. De algunos de sus elevados (f. 246 v) montes arriba nombrados, producen algunas fuentes. Los vientos son purísimos. El ejercicio de sus vecinos es el campo.

3.ª Jornada. Que es Fez el Chico. Este se halla adornado de grandes vegas, de mucho trigo; abunda mucho de lino. En todo lo demás, excepto los montes, es lo mismo que los que arriba dejamos.

4.ª Jornada. Es la ciudad de Fez. Ésta está amurallada. Tiene diferentes fábricas de sedas y de lanas cuyas artes las poseen con mucha propiedad y tienen especial aplicación. Tiene diferentes molinos de trigo. El río que pasa por su inmediación tiene un puente variamente elevado, por el cual se riegan sus muchas huertas, y las aguas suben por medio de una rueda que la construyeron los portugueses, como asimismo la ciudad. Abunda igualmente de gran cosecha de seda. Sus casas son de dos a tres altos. Su clima, saludable. Sus aires, purísimos. Sus calles, estrechas. En la dicha ciudad tienen su iglesia, que es la mayor que hay en toda la Berbería. Tienen mucho comercio (f. 247 r) con diferentes gentes. De la dicha salen las *cafilas* (que en nuestro idioma se llaman cuadrillas de gentes) para la casa de Meca. Se coge en aquellas huertas unas nueces de tres esquinas de las que hacen el aceite llamado arganés; el nogal que las produce es sumamente pequeño. Su situación es en alto por lo que se halla batida la mayor parte del tiempo, del Levante.

5.ª Jornada. Es la ciudad de Miquenes. En ésta tiene palacio el Emperador, que su circuito asciende a tres leguas. Dentro tiene el dicho su serrallo, diferentes jardines y fuentes; sus pinturas son de azulete. El dicho palacio se halla a un lado de la ciudad. Ésta es de un temperamento templado. Sus casas son hechas de terriza. Tiene muchas huertas. Cogen diferentes cosechas en las que se ocupan sus naturales con bastante desvelo y aplicación, como en tejer sus ropas. Su situación es en lo llano.

6.ª Jornada. Es Muleiadris. Es un santuario de los más grandes que tiene la Berbería, pues el Emperador, (f. 247 v) a la distancia de cincuenta pasos, se descalza para ir a adorarle. Tiene algunas casas. El número de vecinos asciende a más de cinco mil. Pasa por su inmediación un riachuelo, en cuanto trae agua para moler un molino. Su mayor cosecha es de lino, maíz, trigo y dátiles. El ejercicio de sus naturales es el del campo. Está rodeado de montes. Su situación, en lo llano y algo enfermizo a causa del ambiente.

7.ª Jornada. Rebat Zale. Son dos ciudades amuralladas cada una de por sí y lo mismo sus gobiernos. Por medio de éstas pasa el río llamado de los Leones, por ser muy superior el número de los que concurren a beber de sus aguas; se pasa por medio de una barca por ser muy caudaloso y se pierden muchos barcos. El dicho río va a parar al mar que está muy inmediato de ambas murallas. En el referido río se crían unos pescados que les llaman sábalos. En Rebat hay algunos cañones que miran al mar. En Zale hay una batería que (f. 248 r) la construyó un francés (que renegó) montada con diez y seis cañones; tiene su frente a la marina. En dicho río hay astillero en donde hacen sus barcos como son galeotas y carabos, etc. Por este río traen las maderas, como se hace en alguno de los nuestros; en el dicho astillero hay fábrica de cureñas. Su situación de ambas ciudades es en lo llano y a su inmediación tiene algunos montes. Tiene mucho comercio en otras potencias. Sus campos dan mucha hortaliza. Hay bastantes fuentes en las nombradas. Su clima bueno y sus vientos puros.

8.ª Jornada. La población de Zafir. Se halla batida por el mar. Tiene una gran playa. Sus vecinos tienen comercio con diferentes naciones y en él sólo tratan de trigo, garbanzos y habas por ser país muy abundante en estas cosechas. El número de sus vecinos asciende de cuatro a cinco mil. Su clima, bueno. Tiene mucho campo de regadío. Tiene un castillo montado con (f. 248 v) alguna artillería.

9.ª Jornada. Es la población de Tuguela. Es en un todo lo mismo que la antecedente con la diferencia que goza de más hortaliza y que su campo es muy hermoso y se cogen mejores sandías que en nuestra Málaga.

10.ª Jornada. Es la ciudad de Zamor. Se halla situada en una altura. Pasa por su inmediación un río caudaloso que para vadearlo es preciso hacerlo con un lanchón. Es muy saludable. Sus vientos son puros. Sus cosechas, lo mismo que las antecedentes aunque no con tanta abundancia. Tiene un castillo montado con alguna artillería.

11.ª Jornada. Es la población de Dardalbaida. Es en un todo lo mismo que las demás con la diferencia que son superiores sus cosechas, las que las precisa almacenar en unos silos.

12.ª Jornada. Es la ciudad de Suera. En ésta hay (f. 249 r) hospicio de frailes franciscos. Su situación es en una alturita. Tiene su puerto de mar aunque no pueden entrar más que sus barcos. Su comercio, el mismo que los demás. Tiene diferentes molinos de viento. Es tierra fértil de hortaliza.

13.ª Jornada. Es la ciudad de Mogodor. Su situación es en lo llano. Su clima es bueno y muy saludable. Está amurallada y coronada de artillería. Tiene diferentes fuentes, pero las más especiales son cuatro. Pasa por su inmediación un riachuelo por el que riegan algo de sus hortalizas, siendo lo demás secano. Hay muchos minerales salitrosos. Sus cosechas, las mismas que las antecedentes. Tiene dos castillos, uno a cada lado, montados con alguna artillería. En otros tiempos fue la dicha [ciudad] de los portugueses, la misma que abandonaron con mucha pérdida de gente (f. 249 v) de ambas partes por haberles puesto sitio los moros, pero salieron con mucho honor los dichos portugueses porque a su salida volaron unas minas que tenían dispuestas al mismo intento y perecieron infinitos de los mencionados moros, por lo que se retiraron los dichos portugueses para su escuadra (que estaba pronta) con toda felicidad. El puerto de Mogodor ha sido y es el mejor de todo el Algarbe, por cuyo motivo sus naturales tienen comercio con diferentes potencias.

14.ª Jornada. Es la capital de los Algarbes, Marruecos. En ésta hay hospicio de frailes franciscos. En ésta tiene el Emperador su palacio en el que acostumbra habitar un corto tiempo, porque lo demás lo pasa a la ciudad de Miquenes y lo restante en el campo con sus ejércitos para castigar a los rebeldes a sus contribuciones. Es Marruecos de clima frío; los vientos, bastante cargados de algunas partículas de nieve. Se halla rodeado (f. 250 r) de elevados montes que éstos de continuo se hallan cargados de nieves, en los cuales se han encontrado diferentes minas de piedra violeta, de cristal de roca y de otros efectos. Sus naturales gozan de per-

fecta salud y mucha robustez. Sus campos son fertilísimos en frutos y aguas; sus cosechas, abundantísimas. Está situada en lo llano. Su cielo es clarísimo. Su fortificación consiste en estar rodeada de una simple muralla, su material consiste en una mezcla de tierra y cal y manifiesta ser de bastante aguante. Y de lo mismo se hacen las casas, a las que causó gran ruina el terremoto general porque cayeron infinitas. La dicha forma en su situación un triángulo. La muralla que tiene asciende a más de tres leguas. La dicha tiene trescientas sesenta y seis puertas. Está distante del mar ocho días. Tiene dos ríos que son los más inmediatos: el uno viene de las dichas (f. 250 v) nieves; y el otro está cuatro leguas de allí. Tiene la dicha diferentes fuentes donde hacen sus lavatorios los moros, como lo acostumbran hacer todos en aquel país. Tiene diferentes molinos, de aceite como de harina. En el tiempo que subsiste el Emperador en dicha capital, se expondrá su trato y comodidades: sin alteración, todas las mañanas toma su té, luego le entran su carne, el pan, las verduras y todo lo concerniente al alimento, pero debe ser en crudo. De todo hace diferentes particiones y después de guisadas y haberlas probado por sí mismo, las envía a sus reinas, príncipes y a su serrallo. Luego pasa al dicho serrallo y tiene sus deleites con la que más le acomoda, siendo obligación precisa el haber de ir a él los viernes por mandarlo su ley. De allí pasa al baño donde hay dos moras que lo bañan y de allí pasa a decir (f. 251 r) misa a una de sus iglesias, y unas veces va en coche y otras a caballo; su acompañamiento consiste en llevar de veinte a veinticinco moros armados con lanzas y algunos de sus grandes. A su retirada, pasa a la plaza de Mensuar donde hace justicia o gracia como le parece, siendo así que en el caso de imponer castigo debe ser a su presencia, pues le vi mandar dar un castigo que fue el siguiente: que desnudaran un moro y que lo metieran dentro de un pellejo de una vaca, bien mojado, y que lo cosiesen dentro, hasta que se consumiese que lo dejasen allí. Siendo así que las más de las veces él mismo hace las justicias dándoles un golpe de lanza. Después de concluido, pasa a su palacio, entra en su habitación que se llama en su idioma *copa,* pues todas sus habitaciones son cuadradas y sin alcobas. En cuanto entra se quita sus babuchas y se sienta (f. 251 v) en su cama o en el canapé, por ser los únicos asientos de que hace uso, e inmediatamente le ponen la mesa que es muy reducida. Su servidumbre consiste en que un moro le entra una palangana con agua, alarga la mano y se la lavan, debiendo ser siempre la derecha porque la izquierda se lo prohibe su ley por ser la del lavatorio; luego le traen carne encebollada, que es de lo que más gusta, y le traen luego un ave que debe ser degollada, después carnero asado que sepa a humo; luego se lame los dedos y vuelven a repetir con el lavatorio de la mano, le traen el alcuzcuz y rompe con la voz de *Ly mil La,* que quiere decir «en nombre de Dios»; coge puñados de alcuzcuz y lo hace pelotas y se las come; y lo que le cae de las barbas lo recoge en el plato, por no permitirle su ley caiga en el suelo, y se queda luego recostado. A las tres de la tarde suele despertar y si no quiere salir manda entrar una de las dichas muchachas. (f. 252 r) La cuaresma que observan los moros y su Pascua de Ravadán (sic) hacen y observan lo siguiente: en primer lugar, no comen, ni fuman, ni beben agua, ni están con sus propias mujeres en toda la cuaresma. Sólo a la noche, cuando ven cierta estrella, y salen con una caja y una trompeta tocando por las calles para que las mujeres les dispongan las comidas para cuando salgan ellos de sus iglesias. Tienen de término como dos horas para comer, después hacen el lavatorio y vuelven a sus iglesias hasta eso de las doce de la noche que vuelven a tocar dicha caja y trompeta y vuelven a comer de segundas, y así pasan lo restante del tiempo, sin comer nunca de día, porque si faltaban a tal precepto y se supiera se les cortaría la cabeza, y asimismo lo observan las mujeres. Al llegar la Pascua vienen moros de tierras muy distantes a donde se halla el Emperador para oír la misa, que dice que ganan en ella ciertas indulgencias que (f. 252 v) concede su ley. Y pone una tienda de campaña (que figura un tapa sol) y a veces se juntan más de quince mil moros, hasta los príncipes con sus estandartes, banderas y armas; y sale el Emperador de su palacio a caballo y, a todo correr con sus camaradas, pasa por entre dichos moros que forman en dos filas y hacen una descarga que dura una infinidad de tiempo. Y llega a la tienda que queda referida y se apea de su caballo y hace su lavatorio en sus partes, codos y boca, y después dice a sus camaradas *Alanco,* que quiere decir «que Dios los guarde», por lo que los camaradas repiten en voz alta *Gudo sidi Alanco,*

que quiere decir «el Emperador os dice que Dios os guarde». Empieza la misa en la que están todos con mucha atención y le traen un carnero, y se pone a hacer la oración inclinándose al Oriente. Está un moro a caballo y le entregan el carnero que ha degollado el Emperador y, a todo correr, le lleva a palacio y debe de llegar sin (f. 253 r) que haya acabado de expirar dicho carnero porque debe ser la comida del dicho Emperador. Luego van a correr la pólvora y ve todo el gentío que se forman tanto sus tropas como los demás forman dos ejércitos. Y sale el Emperador de entre los estandartes y corre tres carreras de un lado a otro y tira tres tiros. Y se retira a su palacio sólo con sus camaradas. Luego siguen los príncipes y hacen lo mismo y luego siguen los bajás y los alcaides y demás gentes siempre tirando. Luego se besan las cabezas los moros con las moras.

En cuanto a la Guinea, son las gentes como bestias. Sus cosechas son maíz y habas. Sus aguas, algo cargadas de salobre. Sus campos, muy agrios. Se crían muchos caimanes y alacranes. No tienen casas por sus muchos calores, sólo sí como parrales. Todos van en cueros y pocos de ambos sexos usan de taparrabos y ninguno, ni hombre ni mujer, cría pelo en ninguna parte de su cuerpo. Tienen sus deleites (f. 253 v) padres con hijas y todo su conato es tener muchos hijos para venderlos. Si algún forastero gustase de alguna de ellas y ella no quisiese acceder a sus súplicas, la pide al padre o hermano y dándoles cuatro o cinco patracas (que son de mayor valor que un duro de acá) se la tienen para que la goce. Tanto hombres como mujeres cazan los caimanes con la mayor facilidad.

Por no contarse por leguas en toda la Berbería sino por días, pondremos los que hay de uno a otro pueblo:

—Del Peñón de la Gumera a la alcazaba de Tarambets hay un día de camino, y éste es bueno pero con algunas cuestas.
—De Tarambets a Alcaladilla hay tres días. Su camino, áspero, por los muchos montes.
—De Alcaladilla a Fez el Chico hay siete días. Su camino, algunos pedazos buenos pero la mayor parte es muy malo.
—De Fez el Chico a Fez el Grande hay como un tiro de cañón.
—De Fez el Grande a la ciudad de Miquenes hay (f. 254 r) un día. Su camino es de muchos peñascos.
—De Miquenes a Muleiadris hay un día. Su camino, todo de cuestas.
—De Muleiadris a Rebat Zale hay tres días de camino y se pasa el río de los Leones. Su camino, entre bosques.
—De Rebat Zale a Zafir hay cinco días. Su camino, entre montes.
—De Zafir a Tuguela, dos días. Su camino, entre montes y arenisco.
—De Tuguela a Dardalbaida hay tres días y medio. Su camino, lo mismo.
—De Dardalbaida a Zomor hay seis días de camino.
—De Zomor a Suera, día y medio. Su camino, lo mismo.
—De Suera a Mogodor, un día. Su camino, lo mismo.
—De Mogodor a Marruecos hay cinco días. Su camino, entre montes.
—De Marruecos a Santa Cruz de Berbería, once días.
—De Santa Cruz a Tafilet, mes y medio de camino; unos tres días de montes y algo arenisco, no encontrando casa alguna y no viendo más que palmeras y cielo.
—De Tafilet a Alcázar hay veintidós días. Se (f. 254 v) encuentra mucha vega sin cultivar.
—De Alcázar a Miquenes hay veintinueve días. Su camino, todo de montes.
—De Miquenes a Tetuán hay tres días. Su camino, entre bosques.
—De Tetuán a Tánger hay de dos a tres días. Su camino, muy malo.

Sus caminos todos son de herraduras y en el intermedio no hay ni ventas ni casas algunas y por esto se llevan bestias cargadas de comestibles.

Documento núm. 2

(f. 243 r) *Descripción del Imperio de Marruecos. Sus reyes, gobierno tirano, genios de los naturales y fertilidad del país.*

Se principia por la ciudad de *Tetuán,* al SO. de la plaza de Ceuta, como unas siete leguas. Dicha ciudad está situada en un alto o colina. Es bastante extendida, con tres barrios que la componen de mayor magnitud, sin el de los judíos que también tiene bastante extensión. Tiene grandes casas de buenos materiales de piedra y ladrillo que, junto con la cal, hacen superiores mezclas, por ser esta cal la más superior de todo el imperio. Y aún se dice que ni en España la hay de semejante fortaleza por ser formada toda de guijarros o cascajos, y su blancura más que la nieve. Estas casas, por rara maravilla se ve en ellas una ventana y sí muchas claraboyas como de una vara de alto, por fuera muy angostas y por dentro como tres cuartas de ancho que apenas entre la claridad, y no se advierte en ellas rejas ni balcón. Acostumbran a encalarlas por dentro y fuera muy a menudo, por cuyo motivo desde fuera parece la ciudad una paloma. No usan tejados por prohibírselo la religión y sí todas tienen azoteas. No pueden tener techos de tejas más que las mezquitas. Por rara maravilla se encuentra una calle formal angosta y todo se reduce a callejones; sólo en el último barrio hay una calle tal cual de ancho. Tiene esta ciudad siete puertas para salir al campo por estar toda amurallada y, de trecho en trecho, una especie de fortaleza con algunos cañoncillos, a excepción de que a la puerta del norte tiene una alcazaba —que así llaman a los castillos que dominan a la ciudad— con alguna artillería de mayor calibre.

Tiene infinidad de mezquitas donde hacen sus oraciones los moros a la una del día, cuatro de la tarde, a las oraciones ocho de la noche, media noche y madrugada, avisando para esta devoción los moros que se suben a las torres de las mezquitas a dar voces, que éstas se reducen a una oración. Y si es de día cuelgan una bandera blanca en un asta de bandera que está colocada en cada una de las torres por señal, y en el ínterin está arriba —que será como media hora—, no tienen obligación de acudir, pero pasado este rato, bajan dicha bandera, dan otras voces y acuden, por los observativos que son los moros en su religión. El viernes lo tienen como día de precepto, pues desde que amanece cuelgan una bandera azul hasta la hora acostumbrada, la arrían y suben la blanca. Está arriba aquel tiempo que corresponde y a la una la arrían y el que da voces los exhorta fuertemente que acudan a la oración por ser día de precepto, y entonces todos dejan de trabajar en sus oficios y ocupaciones y acuden que se llenan las mezquitas de gentes, mayormente la mayor porque acude allí el cadí y después de la oración les predica un corto rato. En el ínterin que se hallan en este acto, cierran todas las puertas de la ciudad porque tienen una (f. 243 v) profecía: que en un día de viernes, en el acto de la oración, han de ser acometidos y rendidos por los cristianos. Y por este motivo aseguran las puertas cerrándolas y con bastante tropa de custodia y lo mismo acontece en todo el imperio por ser todos los pueblos amurallados.

Es pueblo de algún comercio por ser sus habitantes inclinados a éste. Tiene en el centro de la ciudad el sitio de los mercaderes nombrado alcaicería, con muchas tiendecitas de poco fondo y extensión, cuyo sitio se cierran sus puertas de noche y lo rodean una guardia de moros con muchos perros para su seguridad. Después le sigue otro sitio como alcaicería, todo de tiendecitas de quincallería, y al lado una plaza donde todas las tardes se hace zoco, que es feria de pan, frutas, verduras y demás menudencias. Y a espalda de éste la carnicería, cuya carne está con mucho primor y aseo. Todos los oficios están aparte, como zapateros, herreros, etc. Hacen zoco, que es la feria, domingo y jueves. A ésta llevan de todo, ganado, gallinas, trigo, legumbres, etc.

Sus habitantes son de genio altivo y como puedan engañar a los cristianos en sus tratos, lo hacen, pues siempre quieren ganar en ellos y, en viendo van perdidos, arman unas tramoyas para deshacer dichos tratos que muchas ocasiones se necesita acudir a la justicia. Esta es el cadí que es el juez mayor, sabio de la ley. Buscan doce testigos —que fácilmente los encuentran por materia de dos o tres reales— y éstos, sin haber visto ni presenciado cosa alguna, juran lo que el que los ha buscado dice. Nosotros los cristianos con tres testigos tenemos bastante para cualquier pleito y ellos necesitan de doce sin usar de papeles, testimonios,

autos ni otro instrumento, sino lo que el cadí resuelve en el mismo acto se ejecuta. Hay, a más de este cadí, muchos edules, especie de escribanos, que éstos deciden los pleitos de poca consecuencia.

Tiene esta ciudad un gobernador puesto por el rey. Éste elige un su segundo para que entienda en las causas ligeras de la ciudad y si observa no alcanzan sus facultades a la definición, las remite al gobernador. Éste ejecuta lo mismo: si es cosa que por algún motivo se acercan al punto de religión, las remite al cadí y si no, las concluye, por ser alcaide o gobernador de lo político y militar, castigando severamente a su presencia, a palos, los delitos, que hay algunos de ellos que le imponen la pena desde doscientos hasta mil palos en flagrante delito y después a la cárcel, en donde hacen contribuir a los delincuentes con bastantes garramas. (f. 244 r) Y el primero que lleva su parte es el alcaide porque éste no goza sueldo del rey más que lo que puede adquirir en su gobierno; y tiene la obligación de regalar al rey en las tres pascuas que tienen en el año. Y así se valen de sus arbitrios y facultades para robar a lo divino cuanto pueden, tiránicamente, sin usar de pedimientos ni autos.

Tiene otro también empleado por el rey, como especie de regidor, que corre con pesos, medidas, posturas, en todos los géneros comestibles y lo que éste dispone no lo puede derogar el gobernador ni el cadí. Es muy celoso en su ministerio. Todos los días pone precio a las carnes porque después de destrozada la res, el cortador le lleva un pedazo para que la vea y ponga el precio a como ha de vender la libra. Y le da un papelito para que lo ponga en la puerta de la carnicería y tenga noticia el pueblo [de que] está puesto aquel precio por el juez. Los carniceros cortadores son muchos y cada uno tiene su carnicería y todos han de observar este régimen. Es libre la matanza de dichas carnes y no contribuyen sino con una corta garrama. El pedazo que llevan al juez se lo devuelven y éste no tiene más derecho que una libra por res y éstas son de 22 onzas. Y este juez cobra aquellos derechos que corresponden al soberano en tales y tales frutos, y de tres en tres meses remite al rey la cantidad que ha recogido.

Tiene esta ciudad un administrador general puesto por el soberano que corre con los derechos de extracción de los efectos de los tres puertos de Tetuán, Tánger y el Larache y los de las entradas. Éste tiene la facultad de poner en los dos últimos los recaudadores que le parecen de mayor confianza para que perciban los intereses, y sólo los gobernadores de aquéllos sean unos celadores de dichos intereses del rey. Todos los meses se remiten estos caudales al administrador para cuando el soberano tiene voluntad de dar alguna cosa a la tropa, le ordena y así lo ejecuta por servir esta tropa sin sueldo alguno, y para otros particulares de gastos que se ofrecen de cuenta del rey. Y cuando hay cantidad grande le ordena el rey se la mande y así lo hace.

Tiene esta ciudad una grande y espaciosa judería a un lado de la misma ciudad, con su gobernador moro. Tiene infinidad de familias. Los oprimen demasiado en los derechos y contribuciones que les hacen pagar. Dentro de esta judería tienen de todos oficios. Es gente muy ladina y al que pueden engañar lo hacen. Son tan abatidos que un muchacho moro abofetea a un judío de 60 años y éste no puede levantar la mano para el moro ni quejarse, porque sería quemado vivo. Y como están tan oprimidos, muchos de ellos dejan su religión y abrazan la de los moros. Siguen mucho el comercio. Los días (f. 244 v) de sábado no trabajan y sólo lo emplean en las sinagogas en sus rezos; las mujeres no pueden entrar en éstas.

Tiene esta ciudad, al lado del Levante, un río muy caudaloso en el invierno y no tanto en el verano. Como [a] un cuarto de legua de la ciudad hay infinidad de huertas, con algunas arboledas frutales. Al lado del Levante del río hay una gran ribera de jardines, con infinidad de arboledas frutales de todas clases, siendo tanta la abundancia que en muchas ocasiones se arroja podrida, con especialidad la naranja china, limones, etc. que abastece todo lo más del pueblo y reino, sin la naranja que se extrae para Europa que es infinita. Es este sitio una maravilla por lo delicado de sus frutas. Se riega del río y las huertas anteriores.

Sigue este río por una gran vega que hay hasta el mar como una legua y media, que es lo que se halla situada la ciudad. A la legua se halla la Casa de la Aduana, llamada Martín, en donde están los recaudadores del puerto. Y allí se embarcan todos los efectos que extraen las embarcaciones, esto es, si es embarcación mayor con los lanchones de los moros se transportan al fondeadero, donde se hallan, por no poder entrar éstas a Martín por la poca agua que tiene la barra; si son embarcaciones de 700 quintales de carga, llegan a Martín. Todos los efectos de la aduana de la ciudad se remiten allí para embarcarse. El administrador siempre está en dicha aduana llevando cuenta y razón y cobrando los derechos de todo lo que se extrae, como asimismo de las entradas. Éste escribe un papel y se lo entrega al capitán de las cuadrillas de mulas que conducen los géneros a Martín. En él le dice a los recaudadores los efectos que remite y son únicamente los que dejarán embarcar, y por cosa leve que sea y no vaya apuntado, no la dejan embarcar hasta que no venga la orden. De allí sigue el río al mar cosa de media legua; a la boca tienen un castillo con artillería de a 18. Allí han de parar todas las embarcaciones que entran para saber de dónde vienen o si son amigas, y luego que son reconocidas las dejan subir a Martín. En saliendo, hacen lo mismo y han de presentar un pase y si no lo presentan no los dejan salir y los detienen hasta que venga la orden; les hacen pagar un corto tributo sin el que han pagado arriba del ancoraje.

Por la parte del Levante tiene esta ciudad una gran vega. Parte de ella la siembran (f. 245 r) y lo demás, por ser pantanosa, la cosecha que de aquí recogen es corta; si no fuera por los granos que le entran de fuera no pudieran pasar, por ser la parte de Poniente sierras en donde tienen muchas viñas. En los llanos siembran mucho maíz. Es abundante de aguas esta ciudad y cada casa tiene una o dos fuentes.

Esto es lo que puedo noticiar de la ciudad de Tétuán, sin incluir las mezquitas. Sólo diré que los días de zoco o feria es tanto el número de gente que allí acude, sin la que ella tiene, que se van atropellando por las calles unos y otros.